



**Ladislao Suárez Álvarez, 86.
Nuria Marín Burgueño, 19 años.**

En Cuba lo perdí todo

Cuando una persona ya tiene 86 años, como es el caso del protagonista de esta historia, mira con ojos nostálgicos su vida, aceptando lo bueno y lo malo que le ha tocado vivir. Hay cosas que solo el paso del tiempo es capaz de proporcionarnos, como es la visión en conjunto del significado de la vida en todos sus ámbitos.

Ladislao Suárez Álvarez, es un hombre de 86 años, nacido en Asturias en 1917 y emigrante de Cuba donde pasó más de cincuenta años de su vida. Él define su vida como precaria, pero vive con ilusión cada día que le toca vivir.

Su historia comienza con 16 años, al marcharse a Cuba donde le esperaban familiares para enseñarle un oficio próspero al que poder dedicarse. Después de pasar sutilmente por varios trabajos como panadero, trabajador de una fábrica de piensos de animales y cada cual más dispar, consiguió siendo aún muy joven, el suficiente dinero para montar su propio negocio, ser su propio jefe en una residencia hotelera de tres plantas en la invirtió más de doce mil dólares. Allí estuvo trabajando, donde conoció a buena parte de las amistades que compartirían con él el paso por la vida.

Para Ladislao, la política de Cuba fue la culpable de su fracaso y de su miseria como él mismo afirma. Con la llegada de Fidel Castro, sin saber cómo se vio sin nada, sin negocio, sin casa, sin comida... "bicho malo nunca muere y este es muy inteligente para lo malo". Puede ser el temor del pasado o la falta de memoria, pero Ladislao se muestra reticente a hablar de política y de lo que significó para él en su vida. Todo lo que había logrado se lo había llevado un régimen político que no llegaba a entender del todo ya que, ¿por qué tenía él que trabajar para otros cuando lo ha ganado con su esfuerzo? La eterna pregunta que no ha acabado de entender y que de manera definitiva entonces y progresiva marcaría su futuro hasta la actualidad.

El "sueño americano de un español"

Una vez que no disponía de nada, decidió salir de Cuba para probar suerte en los Estados Unidos, para comprobar la leyenda del "sueño americano". Por una vez, éste funcionó. Ladislao fue por recomendación de amistades al estado de Louisiana, al suroeste de este país, donde se reunía con los demás extranjeros y gente conocida del pasado en Cuba. Su primer mes, el gobierno americano le ofreció gratuitamente una casa amueblada, dinero de bolsillo y un comedor donde almorzar.

Después de un mes, consiguió trabajo en un restaurante, que, cosas del destino, su dueño era cubano. Allí aguantó un mes porque no le gustaba el trato que tenían hacia los empleados, lo que provocó una nueva búsqueda de trabajo, y lo consiguió. La dificultad añadida era el desconocimiento del idioma, la barrera de la comunicación le separaba de poder desahogarse con los demás, de su soledad, de su temor a volver a quedarse sin nada, de estar solo. Aún así, una vez más, la resistencia de Ladislao se puso a prueba consiguiendo no sólo aprender el idioma sino cada vez tener trabajos mejores.

La etapa llegaba a su fin, Ladislao echaba de menos Cuba, ese lugar donde había estado tan bien años antes, y decidió volver. Se encontró con una Cuba controlada por el régimen, con una prensa dedicada a una figura que era la de Fidel Castro. Esta



situación, llevó al asturiano a pensar que si antes ya lo había perdido todo, ahora la historia se repetiría.

Las buenas noticias llegaron cuando menos lo esperaba ya que pronto se casaría con Marta, su mujer. Ellos se conocieron en Cuba. Querían salir del país para ir a Miami donde ella tenía familia a tentar a la suerte por segunda vez en el “sueño americano”. Ladislao afirma que no se casaron enamorados, que era un puro trámite burocrático para que un español pudiera salir entonces del país. Lo que se conoce como matrimonio de conveniencia. En Miami, una vez casados y establecidos con la familia de su mujer, llegó lo inesperado pero siempre querido, su hijo. Lázaro, que así le llamaron, nació para dar un giro a su vida.

Marta, su mujer, decidió tener un único hijo. Ladislao, trabajaba para sacar adelante a su mujer y a su hijo pequeño. Empezó a notar que le faltaba el dinero. La duda de dónde estaba nunca se lo habría imaginado. Su mujer, se quedó en varias ocasiones embarazada y le quitaba el dinero a escondidas para ocultarle sus abortos y seguir así su deseo de tener un solo primogénito. En la actualidad Ladislao afirma que ella “no es buena, no me ayudó porque no estábamos enamorados y eso siempre pasa factura”.

La vuelta a España

Las declaraciones son muy duras, alguien con tanta vida a sus espaldas que ha tenido tantas experiencias y en la actualidad se ve sin nada. Él mismo afirma “haber trabajado para el diablo” y que “mi vida ha sido precaria”. Finalmente, Ladislao decidió refrescar a España para continuar su vida, para ver a sus familiares. Sin mucha claridad recuerda su regreso, su vida, no especifica cuando abandonó Miami, dejó a su mujer y por qué. Sólo sabe que se cuida para vivir el presente hasta que “tenga que irme sin remedio”.

Desde hace tres años comparte piso con otros hombres en un barrio del centro de Madrid, donde guarda las propiedades y recuerdos que todavía conserva. Son 315 euros lo que tiene para vivir y 200 paga de alquiler. Cuando se vio sin dinero, el Ayuntamiento de Madrid le ofreció una ayuda para comer en una residencia situada cerca de su domicilio, y los Estados Unidos, le pasa una pensión por los años allí trabajados. El denomina a su padre y madre como “el Ayuntamiento y los Estados Unidos” respectivamente.

Tanta tragedia junta para alguien que tiene tanto que decir y enseñar, ¿cómo puede acabar viviendo así? La vida no siempre trata de igual manera a todo el mundo, Ladislao ha sido un trabajador nato que ha visto como su fruto se lo llevaba otro como si en una guerra las ovaciones se las lleva el que ha luchado desde el palco. Querido por muchos a sus 86 años de vida y despreciado por los que más quiere. Su familia afirma “no me quiere porque soy pobre y se han olvidado de mí”. Parece increíble que estos prejuicios sigan separando a familias enteras cuando más se necesitan.

Lo que más se nota es la falta de su hijo Lázaro. Le gustaría volver a verlo, que viniese desde Las Vegas donde reside para poder hablar con él al igual que habla su historia. Este que tiene en la actualidad 31 años no ha visitado nunca a su padre en España por “ideas que le ha metido su madre en la cabeza. Ellos saben donde estoy y sólo me han escrito dos cartas en este tiempo”.

Unas vidas empiezan y otras terminan, el camino y lo que dejamos atrás, la experiencia, el conocimiento y el afán de superación es lo que hace “la vida precaria



de este hombre” una lección humana para todos los demás. Hay un proverbio que viene a decir algo así como que a veces es necesario sacrificar una vida para evitar errores de tantas otras.

Lo importante de la vida

Ladislao es un incrédulo convencido. Ha trabajado toda la vida y no piensa que nadie le vaya a regalar nada. No le gusta hablar de su vida porque cree estar haciendo favores que no debe a los demás. Hoy se levanta, desayuna, se viste, se asea, va a jugar a las cartas con sus compañeros de piso y a la hora de comer va al centro de mayores. Allí, les ofrecen excursiones y una pequeña verbena los jueves donde poder bailar y divertirse un rato.

Ladislao afirma que lo mejor de la vida es viajar, conocer gente, ver lugares, algo que complete a la persona en su humanidad que falta hace en estos tiempos. Le gusta cuidarse para no parecer “más viejo de lo que soy” y pasar los días de forma tranquila porque se lo ha ganado con los años, con su trabajo, con su esfuerzo, sus victorias y sus derrotas.

Su hijo es el tema pendiente que le queda pero no sabe cómo enfocar o explicar lo que piensa claramente o dicho de otra forma, “no tiene que hablar de su hijo con nadie, yo nunca digo nada de mi vida”.

Para este octogenario, que considera pésimo el transcurso de su vida, lo que más le gustaría aparte de ver a su hijo, pero lo considera imposible por la pasividad de éste, sería viajar a todos aquellos lugares que se ha imaginado alguna vez y que a su edad todavía las pequeñas cosas cotidianas puedan sorprenderle. La vida merece la pena vivirla “porque hay una sola oportunidad”.

No hay lección que no se aprenda, todos pasamos más o menos por lo mismo, bodas, hijos, la muerte de seres queridos, el trabajo...cada persona lo afronta de manera diferente y por eso el cree “que no tiene que darle lecciones a nadie”. Es sorprendente que a los 86 años de edad lo que mueva a una persona sea la curiosidad de viajar y lo que esto supone, pero sobre todo, querer sorprenderse después de haber visto casi de todo con la cosa más trivial de nuestras vidas.